

COMO NIÑA SORPRENDIDA

Por Arlina Cantú
Usado con permiso

Lectura básica: Proverbios 1

Texto clave: Oír el sabio, y aumentará el saber, y el entendido adquirirá consejo. Proverbios 1:5

La conocí en una sala de hospital. Marisa es una mujer bastante joven, recién casada, todavía sin hijos y que cuidaba amorosamente a su madre que había ingresado por una dolencia cardiaca. Convivimos durante más de una semana y pudimos irnos conociendo día a día.

Generalmente empieza uno contando las dolencias del enfermo que está cuidando y a los pocos días ya se cuenta la vida propia.

El caso de Marisa era diferente. Conversaba de diversos temas cuando su madre dormitaba por razón de las medicinas que le daban, pero si doña Isabelita estaba despierta ella permanecía callada a su lado.

En uno de tantos días en que sacaron a bañar a doña Isabel, al regresarla a la sala, le permitieron quedarse un tiempo en la silla de ruedas. Fue ese el momento preciso que yo esperaba para acercarme a ellas y hablarles de Cristo.

Me acerqué, las saludé e inicié una conversación trivial acerca de las bondades del baño matinal y la bendición de que Isabelita pudiera hacerlo por sus propias fuerzas. Y fui bien acogida porque no faltaron temas en aquella conversación que me hicieron sentir la presencia de Dios para que yo cumpliera la gran comisión.

Y la oportunidad se presentó cuando Isabelita hablaba de su gran deseo de dejar ya el hospital e irse a su casa. Sus palabras fueron: “Si diosito me sana y puedo volver a mi casa, voy a hacer...” y enumeró una serie de cosas que anhelaba poder realizar en la comodidad de su hogar.

Entonces el Espíritu Santo me indicó que ese diminutivo que Isabelita empleaba continuamente para referirse a Dios, era la clave para que yo le hablara del verdadero Dios. Y él fue dando las palabras precisas para hacerle entender a la anciana que si confiaba en un dios tan pequeñito no podía sanarla, que necesitaba confiar en un Dios Todopoderoso y en su Hijo Salvador para lograr todo lo que aún quería hacer en su vida, y les hablaba a las dos mujeres que juntas escuchaban.

Fue maravilloso contemplar el rostro de Marisa mientras escuchaba de la salvación. Sus ojos permanecían fijos, cautivos y su boca un poco entreabierta. Parecía niña sorprendida, se veía fascinada y estaba verdaderamente cautivada por lo que estaba escuchando, seguramente por primera vez en su vida.

Cuando terminé de hablar, Isabelita dio las gracias por lo que les había compartido y Marisa se apresuró a darme su dirección y su teléfono para que estemos en contacto.

Dios es el Señor del cielo y de la tierra, es el que escoge las almas que han de salvarse y mi corazón anhela que estas dos mujeres puedan encontrarse conmigo un día en el cielo porque decidan aceptar el mensaje de salvación.

OREMOS por el mover del Espíritu Santo alcanzando almas que nunca habían escuchado de la salvación.

ObreiroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.